

Chasqui

Revista Latinoamericana
de Comunicación

No. 55 - SEPTIEMBRE 1996

Director

Asdrúbal de la Torre

Editor

Fernando Checa Montúfar

Consejo Editorial

Jorge Mantilla Jarrín

Edgar Jaramillo Salas

Nelson Dávila Villagómez

**Consejo de Administración de
CIESPAL**

Presidente, Tiberio Jurado, Rector de la
Universidad Central del Ecuador.

Sandra Correa,

Ministra de Educación.

Diego Rivadeneira,

Min. Relaciones Exteriores.

Héctor Espín, UNP.

Consuelo Feraud, UNESCO.

Washington Bonilla, AER.

León Roldós, Universidad Estatal de
Guayaquil.

Edgar Jaramillo Salas,

FENAPE.

Asistente de Edición

Martha Rodríguez

Portada

Luigi Stornaio

Impreso

Editorial QUIPUS - CIESPAL

Chasqui es una publicación de CIESPAL

Apartado 17-01-584. Quito, Ecuador

Tel. 506 149 544-624. Telex: 22474

CIESPAL ED. Fax (593-2) 502-487

E-mail: chasqui@ciespal.org.ec.

Registro M.I.T., S.P.I.027

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de la revista. Se permite su reproducción, siempre y cuando se cite la fuente y se envíen dos ejemplares a

Chasqui

Como “babelólogo” (estudioso de la Babel de lenguas que es la ciencia), “experto en expertos” (conocedor de quienes tienen la información especializada), “el espíritu que siempre niega” (similar al Mefistófeles de *Fausto*) y de muchas otras maneras ha sido definido el periodista científico. Pero, más allá de las definiciones, está la importancia que va adquiriendo en un mundo crecientemente tecnologizado y enormemente dependiente de la ciencia, más aún si consideramos que la mayor parte de los ciudadanos de nuestros países, incluidos los considerados “cultos”, ignoran muchas cuestiones científicas y tecnológicas. Por ello, en los albores del tercer milenio en el cual se acentuará la importancia de la ciencia y la tecnología, y nuestro grado de dependencia hacia ellas, el papel que deberán jugar el periodismo y la divulgación científica -los dos emparentados pero no iguales- será mucho mayor. *Chasqui*, que nunca ha permanecido ajena a las revoluciones informativas ni al progreso científico y tecnológico, ha querido poner en común algunas preocupaciones de connotados periodistas y profesores de Iberoamérica sobre esta compleja y exigente temática, para renovar el diálogo en torno a los **Medios, ciencia y tercer milenio**.

Desde el “animal político”, sedentario habitante de la polis griega, y aun antes, hasta el “animal informático” sedentario y nómada electrónico de la ciudad actual, el espacio urbano se ha transformado desmesuradamente, y con él todo lo que lo ha configurado, inclusive la comunicación, dimensión que suele no ser muy considerada al analizar la ciudad y su complejidad. En **Comunicación en el espacio urbano**, *Chasqui* quiere contribuir al debate, ya iniciado de manera fructífera por otras instituciones como la UNESCO, y a la construcción de un mejor conocimiento sobre la relación existente entre los diversos procesos de comunicación, macros y micros (no obstante la multiplicidad de enfoques de los estudios sobre comunicación urbana -dice Javier Esteinou Madrid- nos hemos olvidado de la comunicación interpersonal, no por micro menos importante para entender el problema y aportar a su solución), y la ciudad, en la perspectiva no solo del diagnóstico, sino también de la proyección hacia urbes más humanas, más democráticas, más vivibles.

La caja registradora se ha convertido en la editora de ciertos medios impresos dentro de una tendencia que considera que “el texto es despreciable”, algunos entretelones de la radiopasión del padre de la radionovela: Félix B. Cagnet, la vigencia de la onda corta tradicional y otros temas de interés constituyen esta edición 55 con la que esperamos seguir suscitando el debate y la socialización de pensares y sentires acerca del multifacético mundo de la comunicación. Al acercarnos al décimo quinto aniversario de *Chasqui*, en su segunda etapa, renovamos nuestra fe en este cometido y en nuestros lectores, interlocutores y parte sustancial de él.

MEDIOS, CIENCIA Y TERCER MILENIO

Periodismo y divulgación científica son actividades cada vez más importantes en un mundo crecientemente tecnologizado y dependiente de la ciencia.



COMUNICACION EN EL ESPACIO URBANO

Es necesario conocer más ampliamente las relaciones entre la comunicación y la ciudad, no solo en la perspectiva del diagnóstico, sino también en la de la proyección hacia una ciudad más humana, más democrática.



4 Los comunicadores y el III milenio
Manuel Calvo Hernando

8 Ciencia, tecnología y desarrollo
Tomás V. Unger

11 Divulgación de la ciencia ¿para qué?
Luis Estrada

14 La noticia científica en el Tercer Mundo
Martín F. Yriart

18 Nuevas tecnologías y periodismo científico
Félix Ares

22 Médicos y periodistas
Juan Mendoza-Vega

25 Ciencia y razón en el cine y la TV
William Evans

30 ¿Cómo escribir artículos de divulgación científica?
Elizabeth Ballén

34 La formación del periodista científico, un problema prioritario
Amalia Beatriz Dellamea

38 ¿Cultura literaria... o cultura científica?
Alexis Schlachter

40 Divulgar la ciencia en México: un reto
Patricia Magaña Rueda

44 La ciudad es un libro abierto
Fernando Carrión

48 Comunicación y genealogía urbana
Gabriel Eira

52 La ciudad como proceso de comunicación
Javier Esteinou Madrid



- 56** El graffiti: spray, paredes y algo más...
Patricio Falconí
- 58** Comunicación municipal, un aporte a la democracia
Fernando Ossandón C.
- 61** En Caracas: una radio sin antena
José Tomás Angola
- 64** Periodismo urbano: hacia una nueva generación de periodistas
Ana María Miralles
- 66** Por una ciudad comunicable y comunicadora
Alejandro Alfonzo
- 69** Periodismo urbano y calidad de vida

APUNTES

- 72** Romper lanzas por la onda corta tradicional
Ignacio Canel B.
- 75** Neofrivolización en la prensa
Carlos Morales
- 78** El cartero siniestro
Christian Ferrer

ENTREVISTA

- 82** Otras huellas de Félix B. Cagnet
Joaquín G. Santana
- 85** IDIOMA Y ESTILO
El periodista y el gerundio
Hernán Rodríguez Castelo
- 90** RESEÑAS



NUESTRA PORTADA

Caracteres de miseria en el quinto piso.
Oleo sobre lienzo.
70 x 120 cm. 1994

LUIGI STORNAIOLO

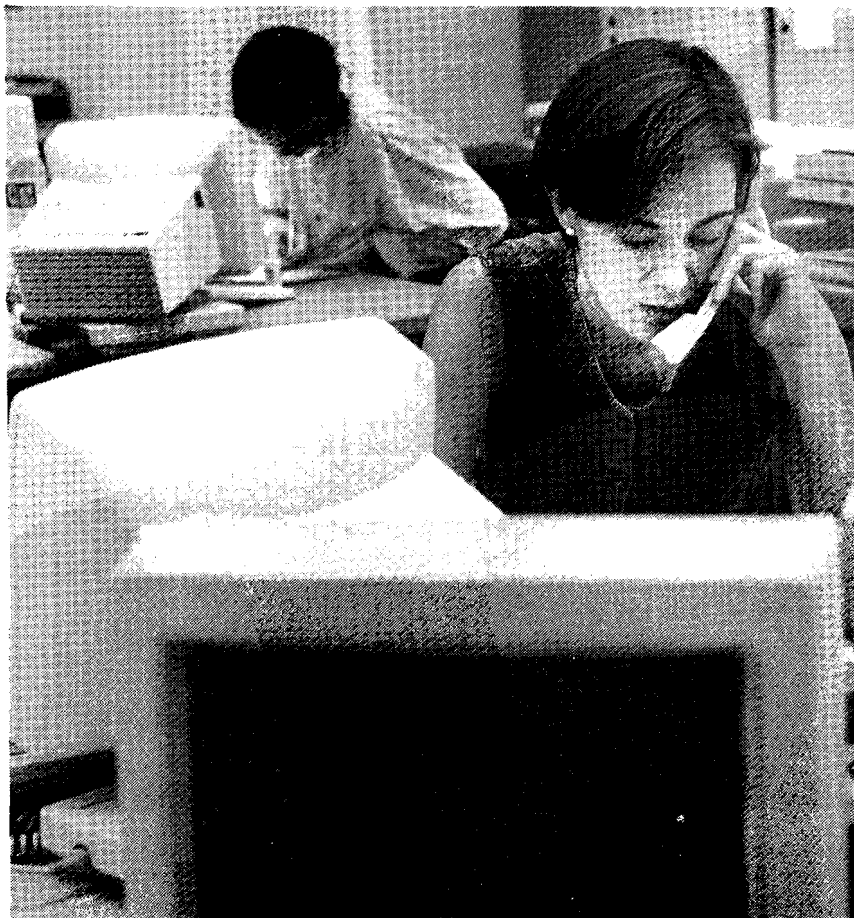
DISEÑO PORTADA Y
CONTRAPORTADA

ARTURO CASTAÑEDA V.



La formación del periodista científico, un problema prioritario

La necesidad que la sociedad tiene de una adecuada divulgación científica para comprender de mejor manera el mundo y mejorar su calidad de vida, debe ser enfrentada desde lo más básico y elemental: la formación de comunicadores-educadores que divulguen contenidos científicos. Algunos aspectos que deben considerarse al respecto, nos ofrece la autora en este trabajo.



Capçalera No. 69

Constituye un hecho especialmente notable en los medios de comunicación latinoamericanos, el incremento casi exponencial que ha registrado la información sobre ciencia y tecnología en los últimos diez años. El fenómeno ha sido explicado de diversas maneras: mien-

tras, en un extremo, pareciera obedecer tan solo a una moda, no se sabe cuán pasajera; en el otro, podría estar señalando un profundo cambio de actitud en las comunidades respecto de la ciencia y la tecnología que, como consecuencia, comienzan a demandar, también crecientemente, información.

Sea cual fuere la hipótesis más aceptable -elucidarla no es el objetivo de este trabajo- reconocer el hecho conduce al problema de qué informaciones estamos poniendo a disposición de las audiencias, qué criterios utilizamos para

elegir unos temas, hechos y problemas científicos y desechar otros, cómo construimos acontecimientos noticiables a partir de ellos, con qué modalidades e intenciones comunicativas los presentamos y, especialmente, desde cuáles ideologías profesionales y con qué configuraciones mentales construimos estas representaciones de la ciencia y la tecnología, que luego difundimos.

Primero la formación profesional

Si tales cuestiones no han sido solucionadas para la comunicación general,

AMALIA BEATRIZ DELLAMEA, argentina. Directora del Centro de Divulgación Científica, Facultad de Farmacia y Bioquímica, U. de Buenos Aires. Presidenta de la Asociación Argentina de Divulgación Científica.

menos aún para la comunicación científica pública. Quizá, entonces, no quede otro remedio que encararlas desde su origen: la formación de los profesionales que divulgan contenidos científicos.

En la literatura corriente no suelen hallarse instancias de reflexión sobre el conjunto de contenidos conceptuales, actitudinales y procedimentales requeridos para un profesional competente que asuma el desafío de actuar como comunicador-educador a través de los medios (Dellamea y Marro, 1993). Es decir, un profesional consciente, reflexivo y crítico frente a su propio hacer comunicativo, frente a la operatoria massmediática, y frente al hacer de los productores de ciencia y tecnología, así como de las políticas que regulan su accionar.

En definitiva, comunicadores capaces de representar apropiadamente resultados y procesos científico-tecnológicos, y también de ser activos en la construcción de una base de conocimientos que exhiba a la ciencia no como un quehacer cultural exótico, sino como resultado de procesos racionales que pueden incrementar la calidad de vida de las personas y su comprensión del mundo.

Naturalmente, en ese macro-objetivo queda implícita la democratización del saber: poner los conocimientos a disposición, con estrategias comunicativas y formatos mediáticos pertinentes. Pero no cualquier información, sino aquella de naturaleza relevante, apropiada, presentada en cantidad y calidad suficientes que posibiliten la comprensión. Como correlato, habrá que generar divulgadores, cuya actitud no se rija -como hasta hoy- exclusivamente por leyes del mercado de invenciones tecnológicas y por una idea de supermercado del espectáculo que trivializa el hacer cultural de los pueblos, y del que la ciencia y la tecnología no han logrado escabullirse.

Si la problemática de la formación se presenta álgida para la comunicación general -lo evidenciaron Guillermo Orozco Gómez (1994), Raúl Fuentes Navarro (1992) y Daniel Prieto Castillo (1988)- a la hora de formar divulgadores hallamos un campo prácticamente virgen. Páramo solo incursionado por algunos exploradores pioneros, todavía aguarda a que los datos preliminares, observaciones, percepciones e hipótesis de trabajo, se

den cita en un corpus orgánico y sistematizado.

Formar comunicadores-educadores

Verdad de Perogrullo, en la que quizá no se ha insistido lo suficiente: formar divulgadores para América Latina no puede consistir meramente en capacitar con destrezas elementales para construir noticias sobre hallazgos científicos de última hora, desde unas rutinas de producción no siempre compatibles con la divulgación científica de calidad. Ser hábil "constructor de noticias" no agota el perfil requerido para acortar la profunda brecha entre quienes producen conocimientos, y quienes solo se asoman tímidamente a ellos por esas ventanitas al mundo que proporcionan los medios de comunicación.

Asumir la hipótesis de que resulta imperioso capacitar comunicadores-educadores, nos llevaría a intentar unos objetivos bastante más ambiciosos. Como ha predicho Manuel Calvo Hernando (1992), el periodista científico de fines de siglo está llamado a ejercer la función de divulgador que transmite y hace comprensibles los contenidos de la ciencia; de intérprete que precisa su significación; y de control, para vigilar que las decisiones políticas se sirvan del conocimiento científico y del desarrollo tecnológico para promover la calidad de vida y enriquecer culturalmente al pueblo.

Repensada la cuestión a partir de este encuadre -con una acción consecuente desde las ofertas educativas- posibilitaría el surgimiento de prácticas profesionales acordes con las necesidades y requerimientos de educación científica. El norte de esta brújula indica el derrotero hacia la formación paulatina de una cultura científica, que haga menos traumático el tránsito hacia un nuevo siglo pronto a irrumpir con unos esquemas radicalmente diferentes de relaciones laborales, sociales, comunicativas, para los que, decididamente, nuestras comunidades no están preparadas.

Pero también es justo situar a los medios, y dentro de ellos a los divulgadores, en el meridiano de sus reales posibilidades, evitando cargar sobre sus espaldas la responsabilidad de llevar adelante, con exclusividad, este desafío.

Otras instituciones sociales deberán asumir y cumplir su cuota en esta deuda con la sociedad.

A los científicos les cabe, a su vez, un compromiso activo en esta cruzada, apoyando las prácticas de divulgación, en sinergismo con los comunicadores o complementándolas toda vez que accedan a espacios en los medios.

Sin embargo, a lo que no podrán renunciar los medios ni los comunicadores es a oficiar de escuela sin aulas ni pupitres para quienes no han tenido posibilidades de ingresar en el sistema educativo formal, o fueron expulsados de él sin probabilidades de reinsertarse.

A este panorama, de por sí complejo, el avance vertiginoso de la ciencia suma otro reto. Aun para aquellas personas que completan la enseñanza media, los conocimientos adquiridos quedan rápi-

El periodista científico de fines de siglo está llamado a ejercer la función de divulgador que transmite y hace comprensibles los contenidos de la ciencia; de intérprete que precisa su significación; y de control, para vigilar que las decisiones políticas se sirvan del conocimiento científico y del desarrollo tecnológico para promover la calidad de vida y enriquecer culturalmente al pueblo.

damente obsoletos. De nuevo aquí la información de los medios asume la función de contenido educativo, con independencia de que sus productores mediáticos la hayan concebido, producido y echado a circular con la debida conciencia. Resulta difícil imaginar con qué recursos e instrumentos podrá operar un comunicador formado exclusivamente en la doctrina de producir noticias de ciencia amenas, entretenidas, claras y en lo posible breves; de calce perfecto en las pautas de producción habituales en los medios. Dicho de otra manera, un profesional que atomiza la realidad científico-tecnológica amparado solo por el paraguas axiológico de los valores/noticia novedad, exotismo, lo insólito, lo desviado de la norma, lo espectacular. Parece insuficiente, al menos para las necesidades de grandes segmentos de la población, que aún en 1996 se enferman y mueren a causa de males erradicados hace demasiado tiempo en los países centrales, y que pueden prevenirse con vacunas de información, no necesariamente nueva, ni exótica, tampoco insólita, y muchos menos espectacular.

Comunicadores: la divulgación llama dos veces

Cada sociedad latinoamericana probablemente comparta la mayoría, o algunos de los problemas señalados. En el

sur de este subcontinente, la Argentina no es la excepción. Pero la particularidad argentina es que quienes se forman en carreras de Periodismo, Ciencias de la Comunicación o de la Información, no parecen del todo dispuestos a asumir estos desafíos. Las estrategias de formación que emprendemos, por ende, deben adaptarse a requerimientos de otros profesionales que adoptaron la divulgación como forma de vida, o como labor complementaria.

Cuando se analizan los grandes medios argentinos se halla que una proporción significativamente baja de comunicadores o de periodistas divulgadores integran los planteles o el cuerpo de colaboradores. En su mayoría, los divulgadores provienen de disciplinas biomédicas o exactas. Alrededor de la mitad de ellos ha realizado alguno de los cursos de divulgación ofrecidos regularmente en Buenos Aires, que duran un semestre, en promedio.

Las estadísticas de profesionales que toman cursos de divulgación científica, confirman la tendencia de los medios. Entre 1986 y 1996, tomando como base diez cursos de divulgación dictados por el Programa de Divulgación Científica y Técnica (1986-1988), la Asociación Argentina de Divulgación Científica y el Centro de Divulgación Científica de la Facultad de Farmacia y Bioquímica,

Como correlato, habrá que generar divulgadores, cuya actitud no se rija -como hasta hoy- exclusivamente por leyes del mercado de invenciones tecnológicas y por una idea de supermercado del espectáculo que trivializa el hacer cultural de los pueblos, y del que la ciencia y la tecnología no han logrado escabullirse.

UBA, (1990-1996), pudo notarse la ausencia sistemática de periodistas y comunicadores sociales.

De los 159 graduados que completaron los cursos en ese período, solo un 26.3% egresó de carreras de comunicación o es periodista en actividad sin formación terciaria o universitaria. Los egresados de carreras exactas, naturales y biomédicas representan un 53.3%. La mayoría son biólogos, médicos, químicos y bioquímicos; y con menor frecuencia, físicos, ingenieros, geólogos, matemáticos, farmacéuticos y meteorólogos.

El 20,3% restante proviene de disciplinas humanísticas, en orden de frecuencia: sicología, profesorado de enseñanza media, sociología, letras, contaduría, filosofía, antropología, traductorado de idiomas y ciencias de la educación (Ratto, 1996).

Si, en cambio, se analizan datos de inscripción y asistencia al primer mes del curso, el porcentaje de comunicadores y periodistas sube al 50 y al 45 por ciento, respectivamente.



La deserción temprana de comunicadores conduce, casi en paso obligado, a que nos preguntemos sobre la formación de estos profesionales. Podemos comenzar con los motivos expresados para justificar el abandono: dificultades insalvables en la comprensión de contenidos y procesos científicos, especialmente en las disciplinas "duras"; escasa disposición a incorporar una metodología rigurosa de trabajo con las fuentes de primera mano; negativa a verificar los textos producidos con los científicos, para preservar la calidad de los contenidos divulgados; imposibilidad de acceder a las fuentes por falta de conocimientos de idiomas; todo ello sumado a un fuerte rechazo ideológico hacia la ciencia y la tecnología, que solo se conciben desde su rasgo de dominación.

Otro motivo recurrente es que los comunicadores, al encontrar negativo el balance costo-beneficio, consideran riesgoso invertir en una especialización no redituable, y con escasas perspectivas de inserción en grandes medios -al menos gráficos- que ya muestran signos de mercado en vía de saturación.

La formación de divulgadores se convierte, entonces, en tarea de naturaleza diferente cuando, además de entrenar en la metodología específica de trabajo, hay que proveer una base de

competencias sociales, comunicacionales, lingüísticas y discursivas que las carreras de origen no contemplan (quizá no tengan por qué hacerlo). Con todo, gran parte de los objetivos de formación en egresados de disciplinas exactas, biomédicas y algunas humanísticas se cumplen, probablemente debido a que desarrollaron mayor familiaridad con los formatos textuales típicos de la ciencia, muestran habilidades netamente superiores para comprender y procesar información "dura", y parecen habituados a un mayor rigor metodológico.

Profesionalizar la divulgación científica en América Latina constituye una innegable urgencia. La primera demanda es apuntalar la formación de comunicadores -provengan de la disciplina de origen que provengan- que asuman esta "delegación social de tareas" y, consecuentemente, el compromiso/contrato social en ella implicada. En ciertos países del subcontinente, como la Argentina, enfrentamos una tarea adicional: crear interés en los comunicadores en un área de conocimientos central para la vida comunitaria de este fin de siglo, y más aún del siglo entrante.

Por fortuna, comienzan a emerger signos alentadores. La creación de la Unidad de Divulgación Científica en la Facultad de Periodismo de la Universi-

dad de la Plata y un curso para graduados patrocinado en 1995, opciones que se suman a la tarea que viene desempeñando la Facultad de Ciencias de la Información de Córdoba, y unas pocas carreras que incorporaron la divulgación científica como materia de grado, permiten guardar esperanzas en la creación de conciencia respecto de un campo de trabajo de gran relevancia social, que los comunicadores parecen no haber descubierto todavía. ●

REFERENCIAS

Calvo Hernando, Manuel, "La divulgación científica en una sociedad tencológica", en *Theoria*, segunda época, vol. VII, 1992, No. 16-17-18, 645-451.

Dellamea, Amalia y Marro, Mabel, *La encrucijada del siglo XXI: Formación de un comunicador-educador, y de un educador-comunicador*, ponencia al seminario internacional "La Educación a Distancia en Iberoamérica en el umbral del siglo XXI", Buenos Aires, 23 de septiembre de 1993.

Fuentes Navarro, Raúl, *Un campo cargado de futuro*, CONEICC, México, 1992.

Orozco Gómez, Guillermo, *Al rescate de los medios*, Fundac, Manuel Buendía- Universidad Iberoamericana, México, 1994.

Prieto Castillo, Daniel, *Diseño curricular para escuelas de comunicación*, CIESPAL, Quito, 1988.

Ratto, María Cristina, *Seguimiento de Cursos de Divulgación para graduados*, documento de trabajo, Centro de Divulgación Científica, Fac. de Farmacia y Bioquímica, UBA, Buenos Aires, agosto de 1996.

casa de las américas

Revista trimestral de letras e ideas

Suscripción Anual

América del Sur US\$ 20 - América del Norte US\$ 25
Europa US\$ 30 - Otros países US\$ 35

Adjunte giro postal o cheque bancario en dólares o cualquier otra moneda convertible (con excepción de bancos norteamericanos) a Casa de las Américas, Tercera y G., El Vedado, La Habana 4, CP 10400, Cuba. Telf. 323587
Fax (537) 327272.

Suscripciones de Canadá, Estados Unidos y Puerto Rico enviar a: Publications Exchange Inc. 8306. Mills Drive, Suite 241, Miami, FL 33183

**Estudios sobre las Culturas
Contemporáneas**

Revista semestral de investigación y análisis
Programa Cultura - CIS - Universidad de Colima

Espacio editorial de investigación teórica y
metodológica en relación a la cultura

Suscripciones:

(Incluye envío correo aéreo)

México: N\$ 80.00

Otros países: US\$ 45.00

Envíe giro postal o telegráfico a:
Programa Cultura, Universidad de Colima
Apdo. Postal 294, Colima 28000. Col.
Tel. (331) 3 03 97 - Fax (331) 2 75 51
e-mail:pcultura@volcan.ucol.mx